



GRANADA

Si Inglaterra se enorgullese con su bella ciudad de Edimburgo; Suiza con su pintoresca Ginebra; Francia con sus encantadoras playas de Trouville, y los Estados-Unidos con su asombroso Niágara, con mucho mayor motivo debemos nosotros jactarnos de poseer la ciudad mas bella del mundo: Granada, ese encantado y pequeño paraíso, que aun lloran los árabes y que nos envidian los extranjeros.

Y eso que es un dolor verla en manos de los españoles si pudiéramos entregarla de nuevo á los moros, Granada ganaría un mil por ciento. Quizá esto parezca una paradoja, pero es una gran verdad: los españoles nos ocupamos demasiado de política para dedicar algun tiempo á las bellas artes.

Pero aun así y todo, con sus mutilaciones y desperfectos, Granada es siempre encantadora.

Porque Granada es algo mas que una ciudad, es una civilización; es una epopeya.

Algun *touriste* entusiasmado ante la bella perspectiva de un sol poniente en Italia, exclamó:

Vedere Napoli è poi morire.

Los franceses han hecho una ligera variación á esta frase y dicen:

Voir Grenade et puis mourir.

Yo no estoy conforme con estos aforismos: yo creo que vale mas ver cualquiera de estos dos pueblos, y despues volver.

Por eso he formado el decidido propósito de ir todos los años á Granada.

Y si no me llevaran sus recuerdos históricos, que son muchos, ni sus bellezas que son grandes, iria solo por gozar de la amena sociedad que durante los calurosos dias del estio, se reúne en «Siete Suelos».

Una palabra acerca de este hotel.

Yo no comprendo que se pueda ir á Granada y no alojarse en esta fonda: es tal la belleza de su posición, que difícilmente podrá encontrarse otra que reúna tantas ventajas.

La colonia malagueña lo ha comprendido así y lo ha elegido como punto de reunión.

Y así está aquello durante el verano.

—*Ceci n'est pas un Hotel, c'est une corbeille*,— me decía un entusiasta francés, admirando un grupo de malagueñas que con sus frescas voces y alegres risas, daban nueva vida y nuevo encanto á aquel ameno sitio.

Y ved, discretísimas lectoras, cual será *le charme* de esta fonda, que los ingleses se vuelven mas políticos, los alemanes mas habladores y los franceses menos exigentes, en cuanto pasan veinte y cuatro horas en ella.

La situación, con efecto, es tan bella, la bodega está tan bien surtida, el cocinero es tan *artista*, la familia del dueño tan atenta y amable, que se explican, sin esfuerzo, todos esos milagros.

Pero todavía tiene este Hotel una belleza mas: el recuerdo de Fortuny.

El gran pintor, el genio de la Alhambra, como le ha llamado un escritor selecto, ha inmortalizado el hotel «Siete Suelos». Aun palpitan allí los recuerdos del autor de *La Vicaria*: aun se respira la atmósfera saturada por su talento.

Fortuny, artista hasta en sus menores detalles, una vez decidido á vivir en la Alhambra, no podía hacerlo mas que

en «Siete Suelos» y se comprende, porque en aquel hotel todo es poesía.

Cubierto por soberbios arboles, donde anidan miles de pintados pajarillos; arruyado por el dulce murmullo del arroyo que constantemente lo riega, aquel elegante *albergo* convida lo mismo al reposo y á la meditación, que á la *causerie* animada de la buena sociedad.

Almorzad una mañana en el *parterre*, bellas lectoras, y luego me dareis vuestra opinion.

Y si los dias son amenísimos: si los paseos al *Cármén* de Calderon y al Generalife, á la Cartuja y al Sacro Monte, revisten las formas mas delicadas de una *sans façons* de buen tono; si durante el dia el continuo trato produce confianza, donde la amenidad resalta mas y mas y donde las horas trascurren rápidas y felices es en las reuniones intimas de la noche.

En el salon de fumar, como modestamente llama el señor Gadea al *parlour* del hotel, se reúnen en agradable *pêle-mêle*, durante la noche los huéspedes veraniegos de la fonda.

Y digo *pêle-mêle*, porque al lado del sesudo alemán vemos la vivaracha andaluza, mientras que el inflamable malagueño conversa entusiasmado con la pacífica inglesa. Allí se hablan todos los idiomas; todas las costumbres son familiares y todos los pueblos son conocidos.

Pero de pronto todas las conversaciones se interrumpen: una señora ha llevado su amabilidad hasta el extremo de hacerse oír en la bellísima *Serenata* de Rossini, ó algun distinguido *amateur* ha tenido la bondad de que admiremos su notoria habilidad en una difícil sinfonia de Beethoven.

Todos han escuchado en religioso silencio y todos han tributado los mas merecidos elogios á tan distinguidos artistas.

Pocos momentos despues, la escena ha cambiado por completo: un *attaché* diplomático ha organizado un *rigodon*, y la mayor parte de los huéspedes del hotel toman parte en tan aristocrática danza, con las mayores muestras de animación.

En una mesa se vé á los señores graves hacer su partida de *whist*, mientras á su lado dos cabezas infantiles, dos jóvenes bellísimas, juegan entusiasmadas al *mistigris*, haciendo las mas descaradas trampas para deshacerse de la molesta carta. También el ajedrez ha hecho su aparición y dos franceses se batan desesperadamente para obtener la victoria. Y las horas trascurren con facilidad suma, y cuando á las once de la noche se dá por alguien la señal de partir, todos miramos atónitos nuestros relojes extrañando que sea *ya tan tarde*.

Bien quisiera amables lectoras haceros una descripción histórica de Granada, pero á mas de que la índole de este artículo no dá lugar á ello, ni el espacio de que puedo disponer me lo permite, mi pluma se siente incapaz de hacerlo, despues de los elegantes y frecuentes libros y artículos que sobre este importante asunto se han publicado, y que todos hemos leído. Tampoco lo haré de sus bellezas artísticas, pues necesitaría un *in folio*. Mi objeto solo, al emborronar estas cuartillas, ha sido trazar un ligero boceto de las amenas horas que he pasado en el hotel «Siete Suelos», en medio de una escogida colonia malagueña, adicionada con distinguidos *excursionists* de varias naciones del globo.

A muchos no les gusta la población: encuentran las

calles estrechas y tortuosas y poco cuidadas, sobre todo en sus pavimentos, que en realidad son bastante malos.

Yo, sin embargo, no soy de esta opinion: encuentro que ese aspecto de sus calles encierra cierta belleza y es el complemento histórico de la Alhambra, así como los nombres de ciertas calles y plazas: *cuesta de los Gomeles*, plaza de *Bib-Rambla*, el *Albaicin*, etc.

La ciudad encierra curiosos y magníficos monumentos que acusan la brillante historia de ese pueblo. La Catedral, la Cartuja, San Miguel, la Chancillería y otros que son objeto de admiración para el extranjero y de estudio para el arqueólogo. Pero el mas importante sin duda, es la Catedral, obra del arquitecto D. Diego de Siloe, construida por orden de D. Felipe el Segundo. Tiene innumerables paseos, entre los que sobresale el llamado *Salon de la Bomba*. Su fértil vega se encuentra regada por el Darro y el Genil, sostenido el primero por los deshielos de Sierra Nevada.

Son tantas las curiosidades que encierra esta ciudad, ya en el recinto de su población, ya en los alrededores, que necesitaría mucho mayor espacio que del que puedo disponer, si me hubiera de ocupar de todos ellos. Por eso me limito á lo expuesto, y si, lector curioso, quieres mejores datos, te escito á que vayas á Granada, pues de seguro no te arrepentirás de haber hecho el viaje.

Y tú, bella lectora, entusiasta de lo artístico y de lo ameno, no dejes de ir á Granada en el otoño: oye mis consejos y síguelos, porque Granada es la antesala del Paraíso.

Hace muchos años, pero muchos, oí un cantar que desde entonces ha quedado grabado en mi memoria, despertando en mí desde entonces el vehemente deseo de visitar la ciudad de Boabdil.

Oye esta copla, que dice así:

Yo quisiera ir á Granada
porque me gusta el oír
la campana de la Vela
cuando me voy á dormir.

Algunos años despues se realizaban mis deseos. Despues he vuelto uno y otro año, y á semejanza del hidrópico con el agua, mientras mas la visito mas anhelo verla, y siempre he traído un gratisimo recuerdo de ella, porque Granada es la ciudad de los ensueños, y yo que soy un tanto soñador encuentro lugar y espacio suficiente para dejar correr mi fantasia por aquel espacio lleno de recuerdos y saturado de poesia.

No hay mas que dar un paseo por las frondosas alamedas que rodean la Alhambra para sentirse sangre de abencerrages y gomeles en las venas.

NINO.

REVISTA DE MODAS

Madrid 4 de Agosto de 1878.

Señor director del MÁLAGA.

Muy señor mio: Las bellas y distinguidas lectoras de su semanario recordarán el ofrecimiento que les hacía en mi carta anterior de hablarles algo respecto á sombreros, y hoy voy á cumplirles mi palabra, aunque no será sin alguna dificultad, por que estos han llegado á una variedad y excentricidad tal,

que escede á toda ponderacion. El oro domina en ellos, así como en los trages, y las plumas van sin número ni medida, porque se ven largas, cortas, en ala, en penacho, altas, caídas, de todos modos y en todas las formas.

Esto en cuanto á los figurines franceses y en cuanto á las muestras que se ven en los escaparates, pues las señoras, sobre todo, aquí en Madrid, aun cuando admitiendo formas variadas, se atienen á lo menos extravagante, porque lo demas sería exagerado y mas propio de trages de carnaval que de paseos y viages.

Voy, pues, á describir los mas sencillos y modestos, que son por tanto los mas á propósito para esa capital, como para las demás de España.

He de comenzar por un sombrero que usa frecuentemente en estos dias la bellissima duquesa de A..., el cual sienta perfectamente á su hermoso cabello rubio, haciendo *nuance* con el forro en piel de sus carruages abiertos, landau ó victoria.

Consiste en un sombrero forma *Sofía*, el cual coge toda la parte superior de la cabeza, doblando sobre la nuca, y semejándose algo á la antigua *capota*. Es de paja gris finísima y de tegido muy menudo, con lazo alsaciano y guarnecido de terciopelo negro. El adorno se completa con bridas de gasa formando color con la paja, y grupo de margaritas de los campos.

Tambien se ve mucho en Madrid el sombrero *Joseph Balsamo* para señora. Este airoso y elegante sombrero es de paja marron, con el ala forrada en su parte inferior de gasa del mismo color. Esta gasa forma las bridas y una torsada al rededor de la copa. Las flores varían segun la fisonomía de la propietaria, pero son preferibles siempre las silvestres, como mas elegantes.

Para señoritas jóvenes se usan dos formas distintas, aun cuando siempre de ala muy ancha. Ambos son comodisimos para jardin y paseo, y aun para el campo, y pueden hacerse de paja de Italia ó de arroz, levantando el ala naturalmente por los lados y cayendo á su peso por delante y detras. Tiene algo de la forma *Ester*. Se adornan con lazos de *gros-grain* y con gasa, color paja, y flores silvestres, prefiriendo la amapola.

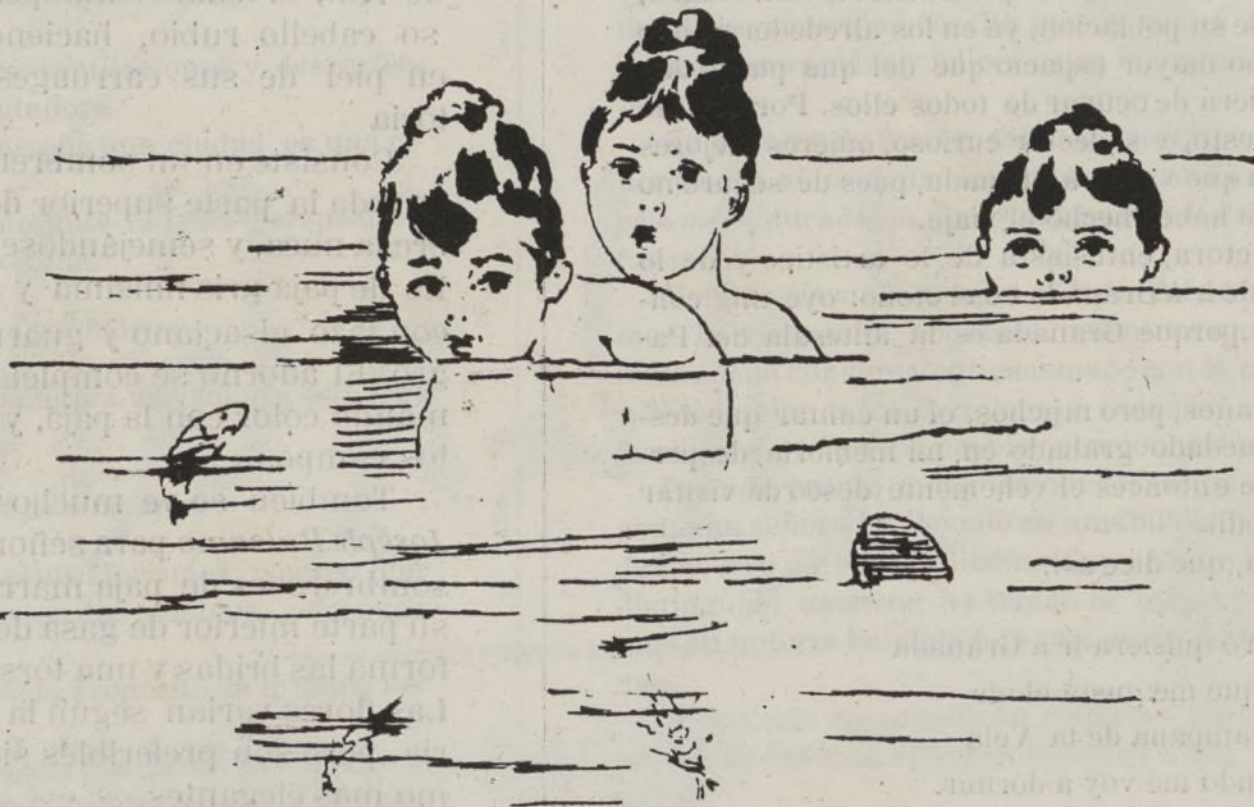
El sombrero *Watteau* está llamado á tener buen éxito este año en Madrid, porque es elegantísimo. Colocado en la parte posterior de la cabeza, forma una aureola que favorece notablemente el rostro. Es de paja de Italia con media guirnalda de flores grosella: estos grupos van uno interiormente y sobre el pelo, y otro exterior y bajo la copa.

Los trages no han variado desde mi última carta, imperando la forma *princesa*. En los cuerpos *marineros* ha anchado algo el cinturón. El *en-tous-cas* comienza á caer rápidamente, viéndose sustituido por la sombrilla.

ISOLINA DAIGRÉ.

EN EL BAÑO

DEPARTAMENTO DE SEÑORAS



—Que flaco está Joaquinito, si dá lástima verio.

REVISTA DE MODAS

EN EL BAÑO

DEPARTAMENTO DE CABALLEROS



—No creía yo que Pepita estaba tan redonda.

ABALLEROS



EFECTOS DE ÓPTICA

En un bosquecillo
sembrado de flores,
la vieron mis ojos,
de lejos, al borde
de un claro arroyuelo
que ondulante corre.
La tarde callaba;
el limpio horizonte
comienza á vestirse
de bellos colores;
el sol al ocaso
marchaba veloce,
la brisa gemía,
llegaba la noche,
el ave en su nido
lijera se esconde.
En tanto, yo, absorto,
desde un alto monte
vía á la serrana
de mis ilusiones,
vestida de negro
mullirse entre flores;
su gracia y donaire
el alma robóme,
y presto a su lado
hinchido de goce
veloz cual centella
Cupido llevóme.
—¿Qué hace la niña,
la dije yo entonces,
de faz seductora,
de ojos traidores,
de talle hechicero,
tan sola en el bosque?
Esperas que el novio
á su casa torne,
ó lloras acaso
perdidos amores
de algun fementido
villano y mal hombre?
Si aquesto te aflige,
mi vida, no llores:
olvida estos sitios,
sus áridos montes
do solo se albergan
las bestias feroces:
ven á mi palacio
que tengo en la corte;
gozarás de galas,
criados y coches
y cuantos caprichos
mi bien, te se antojen.
Mi amor es inmenso,
grandísimo, enorme.
Por fin, qué me dices?
serrana, responde....
.....
Intento abrazarla
y, ¡oh suerte feroche!
que alzando la pata
pegóme dos coces!...
Mal haya del triste
que nace míope!

UN INTRUSO.

EL AJEDRÉZ

Se ha concedido á los Griegos el honor de la invención del juego de ajedrez, cuando sitiada Troya, tenían que pasar largas horas ante los inexpug-

nables muros de la ciudad de los troades, sin que Palamedes haya protestado, lo cual es ya un indicio en mi favor.

Sin embargo, no falta quien le atribuya otro origen, y este es el que voy á referir á mis lectores, si es que tienen paciencia para leer estas líneas.

Dos mil años antes de la venida de Mahoma, reinaba en Siria el Shah Nasser-Eddun, hombre de clara inteligencia, pero enorgullecido de su diadema y de los vastos territorios que subyugaba bajo su dominación.

Este rey tenía un hijo que llevaba el título de *Jacke*, equivalente en lengua persa á nuestro título de Príncipe de Asturias.

Como el rey de que me ocupo era sumamente batallador, cuando ya no pudo soportar el peso de la coraza, envió al príncipe para combatir á sus enemigos, ordenándole volver victorioso. Para dar mas fuerza á su voluntad, el día que debía marchar el ejército, el imperioso y feroz monarca reunió su corte, y dijo:

—Sé victorioso, *Jacke*, pues al que venga á anunciarme tu derrota lo haré empalar.

Ya conocereis, amables lectores, que clase de castigo es éste; así continuó.

Sucedió, sin embargo, que apesar de los deseos del señor *Shah*; el príncipe sufrió derrotas sobre derrotas, y concluyó por morir bravamente sobre el campo de batalla.

El Presidente del Consejo de Ministros—ya ven ustedes si son antiguos los ministros, los consejos y los presidentes,—que se llamaba Yazouri-khan, si no mienten las crónicas, estaba en una atroz perplejidad,—y quien no lo estaria en su plaza,—pues ¡no sabia como anunciar la terrible nueva á su señor, ni encontraba persona de su confianza que quisiera encargarse de dicha peliaguda comision, porque nadie queria *ganarse un palo*, como se decia por entonces en la corte de Persia.

Aquí de su ingenio; porque Yazouri-kan tenía ingenio—como todos los ministros, por supuesto,—y que va y hace? Inventa un tablero lleno de cuadraditos de dos colores, los cubre con figuritas de oro y plata: y se presenta á su soberano.

—Grande y hermoso sol de Persia, le dijo postrado en tierra; estamos sin noticias del príncipe, luego es victorioso. *Pas de nouvelles, bonnes nouvelles*.

Yo no sé si lo dijo en francés ó en lengua persica; lo que sé es que lo dijo.

—Claro, como que yo se lo he ordenado, exclamó el orgulloso monarca con una sonrisa de satisfacción.

—Es verdad, dijo el ministro, pero es el caso que no sabemos donde está el príncipe.

—Cierto.

—Pues bien, ahora lo vamos á saber.

Y obtenida la vènia de su señor y dueño sacó el tablero y las piezas, y explicándole la marcha que debían seguir, le fué presentando las peripecias de la lucha de ambos ejércitos, con arreglo á los partes que habia recibido.

—Gran leon melenudo, le dijo al rey; la extrategia tiene reglas precisas é inmutables; así es que de aquí tiene que salir la verdad de la campaña.

De jugada en jugada, de cálculo en cálculo llegó

un momento en que la pieza que representaba al príncipe heredero se vió encerrada y sin defensa.

El shah gritó:

—*Jacke-mât.*—El príncipe ha muerto.

Yazouri se prosternó de nuevo y dijo con la frente en el suelo:

—Vuestra Magestad lo ha dicho.

El shah se entregó á su dolor, pero no empaló á nadie.

Las palabras *jaque* y *mate* estaban creadas y Yazouri-khan habia salvado su vida y su... cartera.

Desde entonces el juego de ajedrez ha sido aceptado por todos los pueblos, y hoy, en vez de caer del rango á que lo habian elevado en el siglo de Luis XIV y Luis XV, los Zarracin y los Phillidor, es cuando mas protegido y honrado se encuentra.

Ya tiene su periódico, *Le Palamede*; su enciclopedia que comprende 2.547 partidas; su *Club* en Londres y su templo en Paris: el *café de la Régence*.

RALPH.

ROMANCE

Al pié de un verde sauce
ví á Clori esta mañana;
ay! plugiera á los cielos
que nunca la mirára!
Junto el añoso tronco
dormia recostada
y un arroyuelo claro,
murmurando á sus plantas,
me separaba della
con su corriente vária.
Jugar con ella quise
y para despertarla,
salté por el arroyo,
llenándome de agua,
y corriendo gozoso,
me detuve á mirarla.
Oh! cual de sus hechizos
que antes yo no apreciaba,
ver pude la riqueza
y copia variada.
Su abundoso cabello,
que al oro envidia causa,
de espigas adornado,
cubria sus espaldas;
y el estrecho corpiño,
que á sugetar no basta
el blanco y duro seno,
apenas lo tapaba.
De la estendida pierna
sin cubrir por la saya,
veía la robusta
forma, y las variadas
rayitas de colores
y blancura estremada
de la graciosa media,
que arriba se ocultaba.
Ante aquellos tesoros
se me salia el alma
y por seguir mi intento

abajeme á besarla.
Nunca lo hubiera hecho!
aquella fria estatua,
aquella dura piedra,
pedernal sin entrañas,
al choque de mis labios,
que á su frente tocáran,
abrió los claros ojos
y con fiera mirada,
centella de los cielos,
en su fuego me abrasa.

REMO.

RIMA

Mientras ausente sin descanso alguno
recordaba tu amor,
tú ingrata me olvidaste. . para siempre
así al menos, tu lábio lo espresó.

No importa que me olvides, no me importa,
tambien mi corazon,
proceder tan infame contemplando
tu recuerdo al olvido relegó.

Que al decirme tus labios: *te he olvidado*,
mi corazon murió,
y bien sabes, ingrata, que los muertos
son incapaces de sentir amor.

E.

PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

ROSARIO.

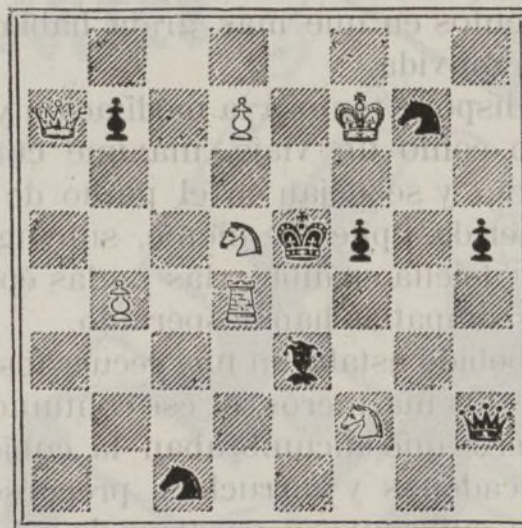
AJEDRÉZ

Problema número 5.

Premiado en el concurso del *Detroit free press*.

Por Her J. Berger, *de Graz*.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en dos jugadas.

SOLUCIONES

Al problema número 4.

BLANCAS.

NEGRAS.

1-R 3 C

2-D 6 C mate.

1-juega.

AUREA

NOVELA POR C.

A LA EXCMA. SRA. D.^a MARIA DEL CARMEN SANTIAGO DE ULZAETA,
MADRID.

Mi buena amiga; hace algunos años, en 1867, si no estoy equivocado, me refirió V. una anécdota, á bordo del vapor *Guadalete*, que nos conducía á Cádiz.

Recordará V. que le dije algo de publicarla, y V. me autorizó á ello, siempre que cambiara el nombre de los personajes y los lugares en que habian transcurrido las escenas. Así se lo prometí, y así lo hice, cuando de regreso á Málaga, llené algunas cuartillas relatando este asunto.

Desde entonces no he vuelto á ocuparme de ellas, y ya las creía perdidas, pero revolviendo dias pasados algunos papeles en busca de una idea para el MALAGA, las he encontrado; y ahí van.

Acepte V. la dedicatoria, ya que á V. debo el conocimiento de este suceso, y reciba V. la espresion sincera del afecto que con la mayor consideracion le profesa su buen amigo

C.

I

En una de esas puras y serenas tardes del mes de abril, en que el sol poniente dora con sus rayos las ligeras nubecillas que flotan en el espacio, contemplaba desde las bordas del vapor *Guadalete*,—que se aprestaba á llevarnos á Cádiz,—la ciudad y puerto de Málaga, admirando la bellísima perspectiva que presentaba la bahía, iluminada por los últimos rayos del astro del día, que marchaba presuroso á ocultarse en Occidente, mientras mi imaginacion, vagando por el infinito, se recreaba en recordar una por una todas aquellas personas que me eran ó habian sido afectas, presentándomelas en los momentos en que mas grata habia sido su influencia en mi vida.

Nada predispone tanto á la meditacion y al sentimentalismo como un viaje, máxime cuando se emprende solo y se dejan en el punto de partida personas queridas; pues la mente, subyugada por el corazon se deleita en dibujarlas en las épocas en que mayores simpatías han despertado.

Y tan embebido estaba en mis recuerdos, que ni los cantos de los marineros, ni ese continuo *vaiven* de los pasajeros que encumbraban la cubierta, ni ese ruido de cadenas y garruchas, precursor de la marcha, eran suficientes á sacarme de mi éxtasis. Adormecido en mis ideas, cuanto pasaba á mi alrededor me era indiferente, pasaba desapercibido para mí como si no existiera; en aquel momento solo vivia para el pasado.

De repente sentí una mano posarse en mi hombro, mano que me arrancó bruscamente de mi arrobamiento, haciéndome volver la cabeza.

—Eduardo, exclamé alborozado estrechando la

mano que me presentaba un elegante y distinguido jóven, á quien por largo tiempo no veía.

—Diantre, exclamó, hace un rato que estoy dando vueltas á fin de llamarte la atención, y cerciorarme de si eras tú, pero estabas tan ensimismado, que me ha sido preciso despertarte de tu letargo para hablarte. ¿En qué diablós pensabas?

—Cómo, tú aquí? le pregunté alborozado al verlo; á qué feliz casualidad debo el encontrarte en este sitio?

—Chico, casualidad en efecto, y bien rara, porque hace algunos dias no entraba esta marcha en mis cálculos; pero, ¿qué quieres? una série de aventuras, digna de la pluma de cualquiera de nuestros mejores novelistas, me impele á este viage, del que depende mi felicidad, que creo asegurada, ya que con tan buenos auspicios principia para mí.

—¿Aventuras á tí? le interrumpí, y con tu génio? raro es en efecto, y tendria una verdadera satisfaccion en oírtelas referir, si es que á ello no se opone alguna promesa ó secreto que te lo prohíba.

—No, no hay dificultad alguna que lo impida, y mucho menos para tí, á quien tanto distingo entre mis amigos... Pero bajemos á la cámara, donde podremos hablar con mas libertad y sosiego.

En efecto, bajamos al salon; nos hicimos servir por un camarero cigarros y *cognac*, y mientras el buque zarpaba del puerto, balanceado dulcemente por las olas, Eduardo comenzó su relacion de la manera siguiente.

II.

Pero antes de referirte, mi querido lector, las aventuras de mi buen amigo Eduardo, debo ponerte en antecedentes, siquiera sea en bosquejo, de quien era éste y de su carácter, para mayor claridad de esta verídica historia.

Eduardo de San Martin, aunque gozaba de una posicion desahogada, no era un capitalista ni mucho menos: su fortuna consistia en una ó dos haciendas de labor que le daban una renta muy suficiente para vivir con comodidad y holgura.

Desde pequeño mostró decidida afición á la espinosa y difícil carrera del foro, por lo que cursó en Madrid con notable aprovechamiento cinco ó seis años de leyes, estando próximo á licenciarse de abogado cuando el comienzo de sus aventuras.

Perfectamente educado nuestro jóven por su madre, en los principios de la mas sana moral, su carácter se fué desarrollando dulce y tranquilo, sin envidias ni ambiciones, antes al contrario, siempre afable, cautivando por sus modales y buen talento la atencion de todos cuantos llegaban á tratarle.

Dotado de una ardiente imaginacion y de un corazon de niño; dispuesto de continuo á disculpar los defectos de los demás; mirando siempre la vida por el prisma de lo ideal y de lo bello; dócil y dádivo, guapo y elegante, buen hijo y buen amigo, estaba llamado á ser uno de los seres mas felices de la tierra, sino hubiera sentido nunca los efectos de esa incógnita llamada amor.

(Continuara).